

## "Viento grande en el alba de otra edad,"

Encontramos al autor de *El Apocalipsis de San Lenin* (1) en animada plática con Rodolfo Franco, el notable pintor que ha concentrado sus actividades en el Teatro Colón, donde ha podido apreciarse la meritisima labor que viene desarrollando como escenógrafo y que tantos éxitos ha obtenido con sus últimas creaciones.

El lugar del encuentro—la Plaza San Martín—nos pareció propicio para interrogar al señor Capdevila acerca de su última producción literaria.

—Esta plaza señorial—comenzó diciéndonos—me queda tan cerca que bien puedo considerarla mía. Leer aquí por las mañanas es delicioso. Pero mejor todavía es conversar con un amigo querido, al rumor de los árboles, tal como ahora lo hacía con Rodolfo Franco... Él hizo la portada de *El Apocalipsis de San Lenin*, una cabeza del Santo Rojo y ocho orlas de gran belleza. Creo que pocas veces se habrá publicado un libro en edición corriente tan bien presentado entre nosotros. Es, además, admirable el acierto interpretativo del pintor.

—Desearíamos informar a nuestros lectores sobre el contenido ideológico de su obra, cuyo título hace pensar en una apología de la revolución rusa...

—Una breve aclaración explica, en pocas líneas el carácter del libro. Allí se dice más o menos: "Este es un libro ingenuo, perfectamente ingenuo, en que el valor humano de la revolución de Lenin es argüido y redargüido, de las más diversas maneras, con una completa libertad de ensueño. Recogió solamente la visión de un instante del mundo: dicho de otro modo, la impresión profunda que un espectáculo enorme fué capaz de producir en un alma sincera". Yo confieso que la revolución rusa me ha conmovido como el mayor espectáculo histórico y moral de la tierra. Mucho más que la guerra. Con la revolución se vieron horizontes nuevos inolvidables. Lo imposible, ya sé. Pero el mundo se llenó de señales supremas.

—Pero su libro ¿es un libro político?

—De ninguna manera. Ni soy ni he sido bolchevique. Mi libro es el de un artista y nada más. El libro de las cosas apocalípticas que presidió San Lenin. Déjeme llamarle así. Es el nombre que más conviene a este héroe y a mi manera de verlo. Héroe

### así concreta don Arturo Capdevila su pensamiento sobre Lenin

—De *La Nación*, Buenos Aires—



Arturo Capdevila

### Dos Capítulos de *El Apocalipsis de San Lenin*

#### Capítulo XIX

#### o sea el Capítulo de las Parábolas agrarias

1. ¿Se hundirán continentes en el mar, y del mar nacerán continentes nuevos, pero las sociedades injustas seguirán siendo injustas?

2. Bosques y montañas—bosques gigantescos y montañas altísimas; todo lo que aguanta un continente—¿se habrán de hundir en el mar, como se hundió la Atlántida, y empero flotará y boyará la injusticia sobre todas las aguas?

3. ¿Hará y deshará ciudades la Historia; pero ni una vez en diez mil años se podrá deshacer una sola de las iniquidades antiguas?

4. ¿Mil veces echará la Providencia la bien trenzada malla de los hechos al mar de los destinos del mundo, y nunca empero relucirá entre la malla el tesoro perdido, el talismán de la primera edad dichosa? ¡Soplad, soplad parábolas justicieras y enrespad las esperanzas con vuestro divino aliento!

5. Tiene un sitio en donde pacer el ganado, un lugar en donde levantarse la hierba, un espacio en donde volar el ave, un rincón donde yacer el mineral. ¿Y el hombre?

6. Solamente el hombre—y esto por causa de otro hombre—carece de sitio en el mundo, inferior a la alimaña que no carece de un sitio suyo en el monte.

7. ¿O es que no alcanza la tierra? Jehová la mide de nuevo, y sí alcanza.

8. ¡Qué! El aire alcanza para todas las aves y aun para las nubes errantes; el agua para todos los peces y sobra elemento; los campos para todos los ganados y sobra superficie. ¿Y para el hombre? ¡Soplad, soplad, parábolas, como un viento fuerte, y decid vuestra verdad!

9. Sí. Porque la propiedad privada de la tierra es como

(Pasa a la Pag. 190.)

con todas las letras. Y de los grandes y los genuinos; un formidable aunque espantoso apóstol de cuya sinceridad perfecta es imposible dudar. Yo, como artista, he sentido toda la tremenda sugestión de esta figura inmensa. En cuanto a la tempestad que desencadenó sobre el mundo, se reflejó con todas sus señales divinas en el fondo religioso de mi conciencia. Lenin en cierto modo enjuició y procesó al mundo, convicto y confeso de iniquidad. Fué estupendo el instante aquel—todos sabemos que lo hubo—en que el mundo entero tembló ante ese hombre, ante «ese nunca imaginado Oso Calvo», para decirlo con un versículo de mi propio libro.

—¿Cuál es el plan de su obra?

—Verá usted, El primer capítulo es la presentación del Héroe. Allí es donde se da la temperatura de su alma: ¡cuarenta grados bajo cero! Después viene el cuadro del mundo devastado por la guerra. El capítulo de las batallas sonámbulas, el de los hijos del odio, el de la montaña de muertos y tantos más muestran el escenario en que se levantó Lenin.

Es como una alba alucinada que se levanta en la negrura de la noche. Negrura de guerra, de odio y de pecado. Reina una moral de locos; los hombres se han elegido para dios un dios idiota, el Azar; la vida es una sola ruleta universal. Pero en el cielo ennegrecido de tantos crímenes se anuncian cosas fatídicas. El capítulo de las señales de los tiempos, el de los Santos Rojos, el del pope que lo sabía todo, el del hombre que no sabía nada y muchos de los que siguen, son la pintura de ese amanecer indeciso. Hasta que estalla la revolución y empiezan a echar brotes las más viejas y nobles ideas entre los egoísmos más atroces. La humanidad es mostrada como en el ágora de la Ciudad del Mundo. Los pueblos son llamados a colosal asamblea. En esta asamblea soplan todos los vientos de la historia. Entretanto resuena la fusilería y no cesa un momento la gárgara trágica de la ametralladora. Hay un instante patético en que junto a las costas del Vellochino de Oro, no lejos del yermo de Prometeo encadenado, Lenin se enfrenta con Jásón. Pero Lenin no puede pasar. Le falta el don del canto, y las rocas Simplégades no se abrirán jamás si el nuevo héroe no canta. Pasada la ilusión, se levanta un día gris, árido, envuelto en tristes harapos de niebla. Hacia el final del libro reaparece Lenin,

(1) Arturo Capdevila: *El Apocalipsis de San Lenin*. Cabaut & Cia. Buenos Aires.